

EL CARRITO QUE GANO AMIGOS

Por Isabel Phillips

LO PRIMERO que Guillermo oyó ese viernes de mañana fue el gorjeo de los pájaros madrugadores. Parecía que cada uno quería sobresalir. Guillermo se quedó muy quieto con los ojos cerrados, pero en realidad estaba despierto.

El aire fresco y vigorizante de la mañana entraba por la ventana. Guillermo dio una vuelta en la cama y se arropó bien con las frazadas. Estiró sus piernas largas y luego las arrolló formando con su cuerpo una bola. Se sintió cómodo y adormecido, pero no por mucho tiempo.

De pronto se sentó en la cama derecho como un palo. Ni siquiera tuvo que refregarse los ojos para terminar de despertarse. "¡Hoy es viernes! -dijo en voz alta-. ¡Hoy es mi cumpleaños!" Y no necesitó más para

bajarse de la cama, echarse agua en la cara y llegar el primero a la mesa del desayuno.

Y tenía una buena razón para no demorarse. Ese día recibiría un carrito nuevo. En los cumpleaños anteriores nunca se había enterado de lo que recibiría. Pero esta vez lo sabía. Sus padres se lo habían prometido desde hacía mucho tiempo, y hoy era el día.

La madre estaba terminando de preparar el desayuno cuando el muchachito entró corriendo en la cocina.

-¿Estás aquí, mamá? ¿Está mi carrito aquí? -preguntó sin tomar aliento.

-Buenos días, y feliz cumpleaños -dijo ella. Y luego con un movimiento de cabeza señaló hacia su silla en la mesa.

¡Allí estaba! ¡Escondido debajo de la mesa al lado de la silla! ¡Un carrito nuevo y brillante!

Guillermo no necesitó hacerse rogar para terminar el desayuno. Cuando el resto de la familia había llegado a la mitad, él ya estaba listo y había salido a la acera con su carrito.

La primera persona a quien vio fue a Roberto Blanco.

-Ese carrito es hermoso -Roberto-. ¿Puedo arrástralo hasta la esquina?

-¡Oh, no! -objetó rápidamente Guillermo-. Este carrito es nuevo y por un buen tiempo nadie jugar con él sino yo.

De modo que Guillermo llevó el carrito hasta el final de la calle vuelta. En el camino de regreso encontró con Jerónimo.

-Oye, Jerónimo. Mira mi regalo de cumpleaños de líneas aerodinámicas.

-¡Heee! -comentó Jerónimo reteniendo el aliento y abriendo tamaños ojos-. ¡Qué elegante nunca tuve uno con barandilla como ése.

Y Jerónimo, tomándose del carrito, comenzó a subir.

-Llévame a dar una vuelta -dijo.

Guillermo levantó la mano.

-¡Un momento! ¡No hagas eso! Tus zapatos pueden raspar la pintura. Quiero mantenerlo nuevo y brillante.

Jerónimo retrocedió.

-Muy bien -dijo. Su voz un poco extraña-. Iré a casa de Tomás para jugar con él -y desapareció a toda prisa por la esquina.

Guillermo se quedó solo. Se sintió chasqueado. Había creído que todos los muchachos lo rodearían para admirar su carrito. "Al fin y al cabo esto no es muy divertido -pensó-. Tengo un carrito nuevo pero nadie quiere jugar conmigo

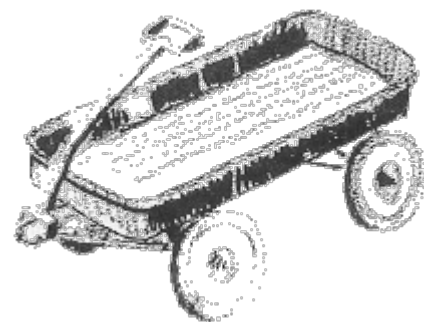
Antes de mucho oyó una bulla y grandes exclamaciones procedentes del patio de Tomás. Guillermo sintió curiosidad por lo que pasaba. Llevando su carrito se dirigió en esa dirección.

En el patio de Tomás debe haber habido como una docena de muchachos. Estaban jugando a la pelota.

"Ese fue un buen tiro", gritó alguien

En eso Tomás notó a Jerónimo que estaba allí parado y le dijo:

-Ven, te necesitamos como jugador de base.



-No puedo -respondió Jerónimo-. Me olvidé de traer el guante.

-No importa. Puedes usar el mío -dijo Tomás arrojándole el suyo.

Todos estaban divirtiéndose en grande. En ese momento Roberto se unió al juego.

-Hola, muchachos. Traje mi nuevo bate. Juguemos con el mío por un rato.

Guillermo había estado observando la escena sentado en su carrito. No tenía nadie con quien jugar ni siquiera con quien hablar. Se levantó y regresó a la casa. Pasó un buen rato puliendo, las tapas o tapacubos de su carrito.

"Es lindo recibir como regalo de cumpleaños un carrito nuevo -pensó Guillermo-, pero no es divertido estar solo".

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no oyó que alguien se acercaba por la vereda.

-¡Hola, Guillermo! Vengo de la tienda de hacer los mandados para mamá.

Era Miguel. Llevaba en sus brazos una gran bolsa de provisiones.

Guillermo se levantó tan rápido que se tropezó con sus propios pies.

-Tus compras parecen muy pesadas -dijo-. Ponlas en el carrito y yo las llevaré hasta tu casa.

Miguel vaciló por un momento.

-No creo que deba hacerlo. La caja de la leche puede gotear un poco y manchar tu nuevo carrito.

-No importa. Para eso es un carrito -declaró Guillermo.

Miguel colocó su bolsa sobre el carrito.

-Y cuando terminemos de llevar estas cosas, si tú quieres nos turnaremos llevándonos el uno al otro -sugirió Guillermo.

-¡Qué buena idea! -estuvo de acuerdo Miguel.

Y los dos muchachos comenzaron a silbar mientras llevaban el carrito nuevo calle abajo.